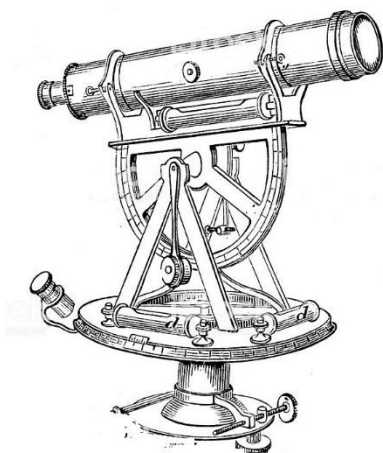


El arquero dormido



Ednodio Quintero



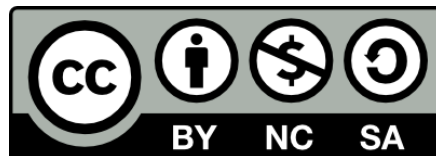


Comité editor:
Néstor Mendoza
Geraudí González Olivares
Cristian Garzón

Primera edición:
Alfaguara, Caracas, 2010.

Segunda edición:
El Taller Blanco Ediciones, Bogotá, 2019.

Ednodio Quintero
El arquero dormido

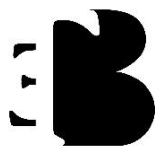


Esta edición se realiza bajo la Licencia Creative Commons. Incentivamos la difusión total o parcial del contenido de este libro por los medios que la astucia, la imaginación y la técnica permitan, siempre y cuando se mencionen las fuentes y se realice sin fines de lucro.

Diseño y diagramación: El Taller Blanco Ediciones
Contacto: eltallerblancoed@gmail.com
Impreso en Bogotá, Colombia, octubre de 2019

Ednodio Quintero

El arquero dormido



El Taller **Blanco**

COLECCIÓN *Comarca Mínima*

para Leda, mi hija

I

Yo venía de vuelta a casa luego de un dilatado y fatigoso viaje por las selvas del sur. Marchas forzadas bajo un sol de cuchillos, pantanos malolientes, culebras cascabel: fueron muchas las dificultades que hube de sortear en aquel insensato periplo. A menudo tenía que conformarme con una ración de casabe y cecina salada como único condumio, que en el sopor del mediodía me hacía enloquecer de sed. Noches en blanco satén, veteadas por el aullido de algún mono. Y esa persistente e insidiosa sensación en el interior de mi cráneo, como si estuviera repleto de un líquido sucio y borboteante.

Cumplida mi tarea, que se prolongó por meses, volver a la tranquilidad del dulce hogar era una auténtica bendición. Un soplo de brisa, agua fresca de un manantial.

Mi casa, con forma de pagoda y ubicada al pie de una colina, era el lugar donde todos mis males encontraban alivio. Ahí mis heridas restañaban, las ideas ingratas se apaciguaban y el sueño, que tanta falta me hiciera en mis noches selváticas, hallaba su cauce natural. Aquel palacete constituía mi orgullo, yo mismo lo había diseñado y luego había cuidado con esmero cada detalle de su construcción. Muros de tierra apisonada capaces de resistir el impacto de un misil. Techo de cañas sellado con una argamasa de arcilla mezclada con paja, cubierto de tejas hechas a la medida por un alfarero de Boconó. Puertas interiores livianas y corredizas, inspiradas, imagino, en algún grabado japonés. Piso de ladrillos y una bañera como la de Marat.

Espaciosa y cómoda, la casa estaba rodeada por un bosque de pinos y eucaliptos, con restos de vegetación natural, que la aislaban del mundo exterior. Y a dos cuadras de la entrada se deslizaba un manso río de aguas cristalinas.

Procuraba pasar en mi pagoda la mayor parte del tiempo, pues allí yo me sentía a gusto, sereno como un rey muerto en su ataúd. Sin embargo, mi trabajo de Agrimensor me obligaba a ausentarme por largas temporadas de aquel lugar lleno de encanto —y de recuerdos— donde habían transcurrido los días más dichosos de mi existencia.

Los estragos causados en esta oportunidad por el viajecito a la selva esmeralda son más que evidentes. Debo estar en el puro hueso, mi vientre se dibuja como el costillar de un perro callejero, y mi rostro hirsuto ofrece un parecido asombroso con el de William Frank Niehous el día de su liberación. Menos mal que ya estoy llegando, el aroma leve de los eucaliptos entra a ráfagas por las ventanillas del Toyota. Ya me veo hundido en la bañera, flotando entre nubes de vapor, escuchando un disco de “Dead can dance”.

Estaciono el rústico en el patio, a la sombra de un sicomoro en flor. Con la mano abierta golpeo el capó de aquella bestia de metal. ¡Gracias, cabrón! Perdón, quise decir campeón. El caballo de fierro se comportó como tal, en la travesía de 320 kilómetros no dio un solo respingo. Abro la puerta trasera y saco el equipaje: una hamaca inmunda, ropa sucia y manchada, mi brújula finlandesa, libros, una linterna, la Leica que me regaló una novia el día de mi graduación, cortezas de sangre de drago y un escarabajo disecado. No colecciono insectos ni nada que se les parezca, pero este escarabajo de cuernos semejantes a los de un toro de lidia y que los baquianos de la selva llaman Goliath, procuró mi atención. Es idéntico, lo juro, a uno que vi, el año de la peste del 81, en un cuadro de Philip West. No sé qué demonios hacía yo en aquella exposición donde, recuerdo, corría el vino a raudales; quizá seguía el rastro de almizcle de una zorra. Lo cierto fue que el cuadro del pintor inglés me fascinó. Me quedé como hipnotizado contemplando el amenazante Goliath, pintado con una técnica que me atrevería a calificar de

hiperrealista, que se había posado en el tronco de un árbol caído. Y cuando lo reconocí en la selva esmeralda, curiosamente en la misma posición que el pintor le impusiera en el cuadro, la escena completa se me reveló. La naturaleza imita al arte —pensé. O quizá se trataba de un recuerdo inventado. No sería ésta la primera vez que a falta de una explicación plausible de algo que no logro entender recurro al vicio de la imaginación. Y ahora, ¿qué haré con ese bicho embalsamado? Pues no lo sé.

Llevando auestas el morral me acerco a la entrada de la pagoda. Y aunque las ocho horas al volante y los tres días sin dormir me hacen alucinar, la euforia de la llegada aligera mis pasos. Avanzo a un palmo del suelo, floto como si mis huesos estuvieran llenos de aire o del gas que impulsa a los globos aerostáticos hacia el alto cielo. ¡Qué alegría estar de nuevo en casa! No importa que nadie acuda a recibirme, ni siquiera un perro.

Vivo solo —es fácil deducirlo, ¿no cree usted? No me quejo de mi soledad. Algunas veces, muy pocas, añoro la vida en familia, esa parodia insulsa llamada calor de hogar. Cuando son la tibieza de la costumbre, el frío de la indiferencia y el hastío, los vientos inclementes que pululan día a día por los pasillos y los aposentos del precario castillo conyugal, y que alcanzan incluso la perrera donde duerme la siesta un indolente Sultán. De calor, amigo mío, ni hablar.

Tuve una familia, que algún psicólogo de pacotilla habría calificado de ejemplar. Esposa rubia y bella. Un hijo sano e inteligente, casi un genio, que soñaba con jugar béisbol en las Grandes Ligas. Mucama ecuatoriana, con los papeles en regla. Un jardinero más bien chapucero, que casi no dormía aguardando la llegada de los extraterrestres. Un perro guardián, manso y bonachón, con todas sus vacunas al día, enfermizo, una veta de oro para el veterinario. Ah, y una suegra alcohólica y gritona, que por

suerte se llevaba mal con su hija y sólo nos visitaba dos veces al año: el día de la madre y en el cumpleaños del nené. Una familia modelo, sí, señor. Ideal para la portada de "El Hogar". Sonrían todos, por favor, que los estamos fotografiando.

Hace quince años y un mes que mi mujer recogió sus macundales y se fue a vivir a Cleveland, Ohio. Desde entonces he permanecido íngrimo y solitario como el pajarito de San Juan de La Cruz. Ella, María Antonia, la Toña, siempre soñó con el american way of life. Y cuando se convenció de que su marido, el Agrimensor, no estaba dispuesto a sumarse a la legión de compatriotas que por aquella época de vacas flacas probaban suerte en la tierra de promisión, comenzó a diseñar una estratagema que le permitiera irse sola. Un pariente suyo, pariente falso o muy lejano, que agonizaba en un hospital de Cleveland, le ofreció la excusa perfecta. Iría a visitarlo en su lecho de muerte, dijo, necesitaba despedirse de él. Aunque nunca antes lo había nombrado, lo quería mucho —afirmó sin parpadear. Cuando niña le hizo un gran favor, y lo menos que ella podía hacer en esta hora aciaga era mostrarle su agradecimiento. In articulo mortis, pensé, y se me vino a la mente el chiste de unos compadres en un velorio, que, por supuesto, me abstuve de contar. Me llevaré al nené, no faltaba más. Al chico le hará bien ver mundo —argumentó. Resignado firmé el permiso de viaje de Tony, futuro jugador estrella de los Indios de Cleveland. Yo presentía que él y su madre no volverían a pisar estas tierras desoladas de América del Sur.

Salvo una carta escueta de la Toña, donde me anunciaba el deceso de su amado tío y en la cual, a renglón seguido, me acusaba de crueldad mental, nunca tuve noticias de la rubia despampanante que fuera mi mujer. Como si se la hubiera tragado la tierra fértil de Ohio, pues ni siquiera se asoma entrelíneas en las cartas de mi hijo, que le ha dado por escribirme con cierta frecuencia desde que

cumplió dieciocho años. Tony tenía diez cuando se fue y ahora anda en los veinticinco. No se convirtió en grande liga, pero se gana la vida como experto en Microsoft. Dice que se embolsa una buena pasta, es muy mucha lana, escribe en su precario español con ribetes mexicanos, calcula, papi, tu paga anual de Agrimensor es minor (sic) que mis emolumentos (qué palabra tan horrible, debe haberla sacado del diccionario) de un trimestre, restando los taxes. Párala ahí, mi sangre. Hijo afortunado, quién lo iba a pensar. Un soldado del ejército de Billy Gates. No sé si saltar de contento o echarme a llorar. Engendrar un hijo legionario, un mercenario online, ¿qué diría de este destino bizarro el sabio y a menudo críptico Chuang Tzu? El norte es una quimera, dice una canción popular.

La memoria es un campo minado, un paraje lleno de trampas y celadas. Los demonios del pasado te acechan en cualquier vuelta del camino. Una palabra, un objeto o un aroma, y el recuerdo se aviva. Luego sigue la avalancha. Es como alborotar un avispero. El tiempo se adensa en el recuerdo, se compacta como el metal más pesado, el Titanio, aquel en el cual las distancias entre átomos se reducen a un mínimo casi intolerable.

Me valgo de estas figuras para intentar explicar lo que ahora me sucede. El trayecto desde el sitio donde estacioné el Toyota hasta el portón de la pagoda se cubre, a paso de león, en tres minutos. Toda estimación conlleva un error, y a ésta le atribuyo un máximo de treinta segundos. Así que en condiciones desfavorables para la marcha (en alguien tan urgido por llegar como yo sólo contarían el peso del morral, la intensidad de la fatiga y alguna cojera congénita) la distancia se sorteaba en tres minutos y medio. El caso es que aún no he logrado cumplir la primera mitad y por mi mente han pasado escenas, imágenes, sucesos y episodios cuyo relato pormenorizado quizá requiera de una hora entera. Éste es un fenómeno conocido, que a nadie debería sorprender. Lo que me intriga es la naturaleza

del recuerdo, la mnemotecnia que lo desata y su odiosa persistencia. ¿Por qué al acercarme a la pagoda me asaltan los cromos desteñidos del álbum familiar?

Durante mi última estancia en la selva, en una de esas raras noches que logré dormir algunas horas sin interrupción, tuve un sueño nítido y muy elaborado. Un sueño fragmentado o dividido en escenas que se alternaban siguiendo una ley en apariencia caprichosa, que quizá respondía a una lógica que a mí se me escapaba. Yo soñaba en dos niveles, o acaso había en mí dos soñadores que se desplazaban por la misma historieta desde ángulos diferentes.

Mi primera sensación al despertar fue de alivio, mas luego al saberme a salvo del mal sueño me puse a indagar en él, no tanto por afán de buscar alguna interpretación sino más bien con el ánimo de un aficionado a armar rompecabezas. Así pude aislar dos conjuntos más o menos coherentes.

En el primero (lo llamaré conjunto "a") aparece mi hijo, tal como lo vi la última vez al despedirlo en el aeropuerto: un chaval de diez años, con su rostro de elfo y el cabello color caramelo como el de su mamá. Pero en esta ocasión no viste un traje de marinero ni lleva en bandolera un maletín de cuero con hebillas de metal. Un horrendo uniforme de boy scout, boina incluida y zapatos de charol, lo cubre de la cabeza a los pies. Pobre criatura, con esa facha de huérfano y desamparado. No se apresuren, que aún falta lo mejor. El chico sostiene contra su pecho una ametralladora de las llamadas Cuerno de chivo, una AK-47, de fabricación checa, con silenciador. Mirada de asesino de película dominical, siempre listo, el rostro tiznado de hollín. Éste es apenas un bosquejo del héroe, un borrador trazado a prisa, sobre la marcha, pues en las escenas que siguen, luego de la efímera pose para el soñador, todo se resuelve en el vértigo de la acción.

Montado en un caballo bayo, Tony galopa a través de una llanura infinita, color salmón. A toda máquina, como un acróbata ecuestre, colgado a un costado de la bestia al estilo de los guerreros mambises, dispara su juguete en ráfagas sincronizadas, a ras del suelo, haciendo alarde de su puntería, dejando fuera de combate a las huestes de algún batallón de hormigas. Bestia y jinete cruzan un puente sobre aguas turbulentas, salvan un vado, vuelan por encima de una cerca de alambre de púas, ascienden una empinada ladera de basalto, atraviesan raudos al atardecer una aldea de pigmeos piojosos y se internan en la noche negra como el espectro enloquecido de un centauro. Las escenas se suceden a una velocidad asombrosa, cambian en cuestión de segundos, no hay espacio para la distracción. Pareciera que un niño demente hojeara apurado uno de esos cómics de aventuras que llenaron de asombro los días de mi infancia remota y feliz.

Vuelve la luz de otro día, y el Tony, a horcajadas sobre su cabalgadura, reanuda el galope que, a decir verdad, no ha interrumpido desde la partida. Sólo que la oscuridad nos ha impedido seguirlo en su periplo nocturno. Jinete insomne, terco en su propósito, no pareciera hijo mío. Yo, que a las primeras de cambio tiro la toalla o me quedo mirando alguna grieta en el aire o contemplando absorto las uñas de mis pies. Ese hijo tuyo mete bulla, promete el muy cabrón. Aprende de él. Sí, veo que tiene prisa el muchacho. Corre como un condenado. ¿Cuál será el objeto de esa incesante carrera a campo traviesa?

Algunos episodios escapan a la vorágine del movimiento, como si el mecanismo visual que los va registrando se trabara, dando como resultado un cuadro congelado o algún detalle ampliado que exige del observador una mirada atenta y desconfiada. Estoy pensando en el combate de Tony con la reina de las amazonas, aunque hablar de combate pareciera exagerado. Diríase una riña callejera o una

pelea en el patio de la escuela. Quiere la tradición que una amazona que se respete se haga cortar la teta derecha para que ésta no le estorbe a la hora de tensar el arco. Los tiempos han cambiado, pues la rival de Tony no sólo las conserva intactas —y turgentes— sino que debe de haber gastado un dineral en silicona. Pero éste no es más que un comentario malicioso, pues mientras presenciaba la reyerta yo estaba muy preocupado por el desenlace, y ocuparme de una crítica malsana centrada en un par de tetas, naturales o no, hubiera sido una distracción inútil. Con todo, habría apostado la pagoda y mi biblioteca con trescientos libros de Botánica al triunfo de mi hijo. Que fue lo que finalmente sucedió. No sé si por méritos propios de mi vástago o a causa de una licencia del soñador.

Tony agarra por las mechas a la amazona tetona, se las retuerce y le hace perder el equilibrio. La amazona, que parece tener unos cuantos kilos de más, cae como un plátano. Tony no cede un ápice, aprovecha el punto débil de su contrincante y la arrastra por el suelo con una facilidad que no deja de asombrarme, pues no recuerdo que mi hijo se haya distinguido precisamente por su fortaleza física. No, no lo estoy acusando de debilucho, bateaba bien, digamos que con ímpetu, y era un excelente jugador de ajedrez. Arrastrar a una mujer de setenta kilos debe ser una tarea ingrata y pesada, digna de Hércules. Y Tony, ese hijo mío llegará lejos, la cumple sin ningún esfuerzo, como si al trastabillar y perder pie la amazona hubiera perdido también su sustancia y su peso convirtiéndose en una muñeca de trapo.

Aquí, a unos diez pasos del portón, debería detenerme para respirar. Pero la urgencia de llegar impide cualquier pausa y la mente no se aquieta. Vuelvo a la amazona vapuleada por el Tony, y antes de establecer una asociación fácil que me llevaría a ver en aquel torneo un tanto bufo la representación del arrastramiento de Héctor frente a las murallas de Troya, observo en el hombro

torneado y tostado por el sol de la hembra doblegada la forma inequívoca de un tatuaje: un diminuto dragón, fino y estilizado, que pudiera muy bien ser atribuido a un capricho de Hokusai. Y es en ese objeto donde se fija mi mirada, pues hay algo en él que me produce una rara inquietud. ¿Una sospecha? ¿Será acaso la amazona del tatuaje una reencarnación rencorosa de Kaori Toyota? No pudiendo descargar su enojo directamente contra mí, se ensaña en mi único hijo. Sabe ella que cualquier daño que pudiera hacerle al Tony repercutirá en su abnegado padre, multiplicado por mil. La idea, aunque absurda, encuentra en mi mente recalentada terreno fértil para prosperar. Ya despierto la analizo en todas sus facetas y encuentro una explicación más bien sencilla que me deja momentáneamente satisfecho. Al menos me libera del lastre irritante de la culpa.

El affaire Kaori Toyota, que pudo haber tenido en su oportunidad consecuencias catastróficas, derivó de un acto onírico, un sueño de la Toña. Mi mujer le atribuía una importancia exagerada a los sueños hasta el punto de confundirlos con la realidad ordinaria. Alguien que comete un crimen en un sueño, solía decir, debería ser juzgado como cualquier criminal. Aquel sueño suyo con Kaori, la japonesa en pantaletas, se convirtió en una pesadilla diurna, de ojos abiertos, que estuvo a punto de causar un divorcio prematuro y la muerte de Tony, ¡qué horror!, una criatura informe que aún flotaba en líquido amniótico. La Toña, que siempre desconfió de su marido, soñó que éste la traicionaba con una asiática menor de edad. Comenzó entonces a acosarme con preguntas directas: ¿dónde la conociste?, ¿a qué se dedica?, ¿es una puta?, ¿qué tiene ella que no tenga yo? Registraba mis bolsillos y mi billetera buscando pruebas de mi infidelidad. Creo que contrató un detective chambón para que siguiera mis pasos. Al final triunfó la sensatez, o el cansancio. Tony nació sin mayores contratiempos, y la Toña, ayudada por un

psiquiatra, se olvidó de la pérfida geisha que se había propuesto joderle la paciencia y birlarle el marido. Pero imagino que el mal ya estaba hecho. La Toña le había transmitido a su retoño sus propios temores y la aversión por una rival imaginaria, la concubina de su marido. El pobre bebé que aún no había nacido estuvo amenazado de muerte por un fantasma nipón. ¡Y todo por el sueño de una catira histérica! ¿Qué les parece? Qué de extraño tendría entonces el regreso —en otro sueño— de Kaori, metamorfoseada en amazona, veinticinco años después.

Por suerte, Tony se libró en un dos por tres de la impertinente amazona. Luego, con los dedos de la mano derecha a manera de peine se arregló el cabello. Montó el caballo y reanudó la marcha. Allá va el jinete, seguido por una nube de polvo. Y mientras se pierde en el borde impreciso del horizonte, pienso, no sé por qué, en pañuelos y puñales. Si alguna vez logro retirarme a un monasterio de la Montaña Azul, me dedicaré al estudio y la meditación. Y en mis ratos de ocio me ocuparé de averiguar qué extraña relación, más allá de esa eñe en común, existe entre un pañuelo y un puñal.

Ya el caballo comenzaba a mostrar señales de fatiga, creo que se mantenía en pie por un principio natural de fidelidad, atributo este que se le suele asignar de forma equivocada a los perros.

Como en las historias clásicas de aventuras, en las cuales el héroe debe enfrentar y superar una serie de peligros, y en las que cuenta con un aliado revestido de un poder sobrenatural, Tony recibe una ayuda por demás oportuna, justo cuando su cabalgadura estaba a punto de reventar. A la sombra de un matorral aguardaba otro caballo, blanco como la leche, fresco y ensillado, listo para el relevo. Se movía inquieto, caracoleaba y escarbaba el suelo con las patas delanteras. Relinchaba y oteaba el horizonte. Al divisar a Tony a horcajadas en lo que a la distancia parecía un jamelgo al borde del

colapso, el caballo se lanza a correr en aquella dirección. Pronto les da alcance y se mantiene al galope y a muy corta distancia de la pareja. No intenta rebasarlos, sólo se hace notar. Aquí estoy, amigos míos, parece decir. Tony suelta las riendas de su caballo, y con voz firme y agradecida lo anima para un pique final. El noble bruto obedece, sabiendo quizá que aquel será su envión postrero, el último acto que habrá de cumplir sobre esta tierra llena de pastos tiernos, potrancas y fuentes donde abreviar. Tony entonces se apoya en los estribos, se levanta como un experimentado jockey, toma impulso y vuela por los aires describiendo una voltereta mortal, una especie de tirabuzón de máxima dificultad y sin adornos, y al completar el giro se coloca exactamente sobre la silla de la bestia de relevo. De haber previsto semejante maniobra, mi alma de padre sobreprotector habría pendido de un hilo, pero la velocidad y la sorpresa me ahorraron cualquier sobresalto.

Otra vez mi hijo daba muestras de sus habilidades de acróbata y chalán, cualidades que yo desconocía en él. Ahora sí, con este caballo de refresco, tengo cuerda para rato, llegaré a tiempo a mi destino, nadie me detendrá. No es difícil adivinar los pensamientos de Tony. Lo dejo que se escape, anheloso y confiado, rumbo a la sierra que se divisa al término de la llanura. Y me ocupo por un instante del caballo desechado. Que al sentirse libre de peso y responsabilidad mantiene el ritmo de la carrera por algunos segundos, la inercia lo impele a seguir, mas luego se detiene bruscamente. Cae como si un rayo lo hubiera fulminado. Más allá de la metáfora, el efecto es similar: su noble corazón colapsó. Y adiós, adiós. Buen viaje, caballito, que le vaya bien.

Hasta aquí me trajo el río. Que nadie me pregunte nada, por favor.

En el otro conjunto, el protagonista, nada heroico, soy yo. Me refiero, por supuesto, a la parte "b" del sueño que tuve hace unos

días en la selva esmeralda. Y de cuyo relato me ocuparé en otra oportunidad, pues ya estoy delante de la puerta de mi casa, y sé que al trasponer el umbral entro a una dimensión distinta, me aparto de las minucias de lo cotidiano, mi espíritu se aligera y sólo escucho la música que resuena como un tambor en la superficie de mi piel.

II

Pero qué pasa, hombre, qué es lo que sucede. Esto no estaba previsto en el guion original. Sin que se observen señas de violencia en la cerradura, la puerta está abierta, alguien se me adelantó. Me quedo helado, vacío de ideas, como gallina mirando sal. La pantalla de la mente en blanco, que luego se ve asaltada por una serie de conjeturas absurdas e inútiles, pues intuyo con horror que la respuesta, cualquiera que sea, está allí mismo del otro lado de la puerta. Vamos, no te dejes llevar por el pánico. Y me apresuro a entrar.

En el peor de los casos, pienso, la delincuencia dejó de ser un fenómeno exclusivamente urbano y extendió sus tentáculos hasta este lugar paradisiaco, tan ponderado en el cuaderno de bitácora de una periodista de la capital. Tendré que escribirle una carta abierta al Presidente reclamándole su conducta sospechosa —e incluso su presunta complicidad—, pues cada una de sus alocuciones radiales es una invitación abierta a delinquir. ¿Reaccionará airado, echando chispas y soltando sapos y culebras, como un Zeus de opereta, ladino y felón? Será mejor no meterse en honduras, señor Agrimensor. También existe la posibilidad de que yo mismo haya dejado la puerta abierta, y que en estos seis largos meses nadie, ni siquiera un perro, se hubiera percatado de mi descuido. Calma, hombre, pronto lo sabrás.

—¡Alto, quién vive! —grito desde el centro de la sala, con voz cavernosa y enronquecida como un profeta muy fumado clamando en un erial.

—Tranquilo, mi don, no se alborote. Y, por favor, no hable como un personaje de comiquitas.

Por desgracia no se trataba del eco de mi voz ni de una ilusión auditiva. Eran las palabras agudas como dardos de una mujer. Sentada en un tramo de la escalera que conduce al segundo piso, su rostro semioculto en la penumbra, parecía un montón de ropa sucia, parecía una mendiga acechando en un portal, parecía una fiera herida acosada en su madriguera. Era todo eso y algo peor.

—Quédese donde está y muéstreme las manos. Si da un paso más es hombre muerto.

La voz, opaca y desagradable, chillona, tenía un tono ciertamente decidido, que mi instinto de sobrevivencia olfateaba en el aire como un aroma de rencor y desesperación.

—¡Bang, bang, bang!

El ruido (onomatopéyico, menos mal) provenía de algún lugar a mis espaldas, en la planta alta, y apoyaba la amenaza de la mujer. Tendré que vérmelas al menos con dos huéspedes indeseables, pensé, y al mismo tiempo me invadió un profundo cansancio. La situación, amigos míos, pintaba mal, muy mal. Quién sabe qué ordalía me aguardaba en las horas por venir. Me había anotado yo en la rifa del tigre, y mi número acababa de salir. ¿De qué me sorprendía entonces? Andas por ahí, tranquilo y confiado, silbando bajito, rascándote la entrepierna, y de pronto, como lo más natural del mundo atraviesas una línea cualquiera, que puede ser el umbral de tu misma casa, y ya estás metido en un infierno de incertidumbre y desazón. Todo esto así, de golpe y porrazo, sin que nadie te lo advirtiera, sin ningún presagio en el cielo requemado del verano, sin ningún palpito en tu corazón.

Me sentía ridículo y humillado con las manos en alto. Y mientras intentaba hacerme una composición de lugar, me escuché protestando a gritos, alegando no sé qué derechos de propiedad y posesión. El *uti possidetis* o alguna otra ley territorial, que en aquellas circunstancias eran letra muerta.

—Ésta es mi casa, señora. Se lo informo por si no lo sabía. Está usted invadiendo un domicilio particular. Le agradezco que reflexione y se retire lo antes posible. Y si persiste en su propósito, tendrá usted que atenerse a las consecuencias.

Yo estaba actuando como un idiota, pues sólo a un idiota se le puede ocurrir hablar de esa manera. La retahíla provocó en la invasora un estallido de risa, una risita seca y burlona, nerviosa e intermitente, que se agudizaba hacia el final de cada emisión como un chillido de rata.

Fue entonces cuando caí en la cuenta de los destrozos que la bruja y sus secuaces, los que fueran, habían causado en mi dulce hogar. Todo estaba roto y destripado, los muebles convertidos en astillas, los cuadros vueltos trizas, las cortinas rasgadas. La razzia, amigos míos, había sido total. Creo que Atila y sus huestes de hunos y de otros no lo hubieran hecho mejor, es decir peor. Con mis manías por el cálculo y la precisión estimé que semejante afán demoledor requería paciencia, saña y tiempo. Quién sabe desde cuándo se habían instalado los invasores en aquel lugar.

Como si me hubiera leído el pensamiento, la mujer se levantó y avanzó en mi dirección. Ya había cesado de reír, y al llegar al centro de la sala, apenas a dos pasos de este relator, se detuvo y me saludó con una leve inclinación de cabeza, que no era más que una pantomima, una burla cruel.

—Bienvenido a casa, mi don. —Su voz sonó pastosa y enredada como la de una borracha. No sé por qué me acordé de mi suegra, que descanse en paz.

—Ya era tiempo de que llegara, —continuó— estábamos a un tiro de perder la paciencia. Llevamos veintiocho días esperándolo.

Sí, como me lo imaginé. Están aquí desde hace rato, y para entretener la espera no se les ocurrió nada mejor que hacer añicos ese espejo y el reloj cucú. Si me hubiera demorado un mes más,

seguro que levantan las losetas del piso y le entran a mandarriazos a las paredes.

La mujer, flaca y vestida como un espantajo, era más vieja y también más enérgica de lo que pensé el principio. La luz que se colaba por el ventanal del techo le daba de lleno en el cráneo y hacía resaltar sobre el mapa de su rostro pliegues y excoriaciones, imponiéndole al conjunto un aspecto caduco y al mismo tiempo feroz. La palabra híspida se me apareció en el aire como un subtítulo que definía el temple de aquel espécimen chato y vulgar. Ojos saltones y un tanto virados, una verruga de bruja cerca de la nariz. Labios delgados y apretados, parecidos a una cicatriz. No sé por qué me acordé de una falsa tía mía, prima novena de mi padre, amarga como la hiel, que se dedicó con fervor religioso a convertir los días de mi ya remota adolescencia en un suplicio sin fin. Espero que esa otra arpía no descanse en paz.

Contemplando aquel esperpento, enviado por algún demonio para mi condena, sentí una mezcla de rabia e impotencia. La situación era, como cualquier evento que nos pilla de sorpresa, ciertamente absurda, y el absurdo no le restaba tensión. Aquí se puede hablar con propiedad de realidad cruda. Crudeza, en el sentido de un acto primitivo, poco elaborado. Un trabajo simple y sin aristas, digno de un Neandertal. Aunque yo no estaba en condiciones de saber cuáles eran las intenciones ocultas de la mujer, algo en el aire y en la superficie de mi piel me advertía que nada grato podía esperar de tan horrible ser. Ni tregua ni compasión. El aspecto y la facha de la fulana se correspondían con esas figuras típicas del cómic que representan el mal.

De cualquier manera, pensé, estoy frente a una crisis. Y crisis quiere decir oportunidad. Y las oportunidades hay que aprovecharlas. Aquel pensamiento surgido de la desesperación me serviría de puntal para soportar la avalancha de iniquidades que,

imaginaba yo, me aguardaban en el inmediato devenir. No me entregaré a los caprichos de esa vieja demente, sociópata, resentida social. ¿Qué crimen cometí? ¿Acaso es un delito ser Agrimensor?

La mujer estaba ahí, apenas a dos pasos. Parecía inofensiva, carente de cualquier poder. De un salto podría caer sobre ella y someterla con una llave china. No obstante, al recordar el bang, bang, bang proveniente de la planta alta, me contuve. Mi adversaria actuaba con soltura y naturalidad, segura de sí misma. Y esa seguridad se apoyaba en la amenaza que pendía sobre mí. Alguien, acaso un consumado francotirador, me tendría en la mira de su rifle, aguardando un movimiento en falso para volarme la tapa de los sesos. Y aunque esta imagen proviene, ya lo adivinaron, de algún film dominical visto en la televisión, no iba yo a precipitarme, arriesgando el pellejo, para comprobar si la realidad imita a la ficción. La desesperación, ya se sabe, es mala consejera. De momento me valdré de alguna táctica sesgada y dilatoria. Lo importante es ganar tiempo.

—Explíqueme, señora, qué significa todo esto. ¿Qué hace usted aquí? ¿Por qué me amenaza?

Intenté dar a mis palabras un tono casual, como alguien que en la esquina de una ciudad desconocida detiene a un transeúnte para preguntarle una dirección. La malvada no se anduvo con sutilezas.

—Ay, caballero. No se me haga el pendejo. Que usted sabe muy bien cómo es el maní.

El maní es así, yo lo sabía. Y también sabía cómo se bate el cobre, a la hora de la venganza, en esta mierda de país. Pero nadie iba a impedir que yo siguiera representando mi papel, no importa que éste fuese el de un pendejo.

—No entiendo nada, señora. Se lo juro.

En ese momento, y como respuesta a mi falso juramento, cayó del techo una figura parecida a un saco de papas. Que se incorporó con

cierta agilidad y dio un par de volteretas en el aire acompañadas de unos gritos secos y marciales como los que suelen proferir los combatientes de tae kwon do. Cuando se detuvo, yo aún no salía de mi asombro. Era una enana retaca caída del cielo, no lo podía creer. Me acordé entonces de un libro de palíndromos escrito por Darío Lancini, donde aparece un personaje bautizado con el remoquete de enana cananea, Oír a Darío, Ave Eva, Adán nada, y tuve que cubrirme la boca con las palmas de las manos para reprimir una carcajada. Otra vez la realidad imita a la ficción —pensé.

La enana no estaba para gracias y así lo demostró. Interpretó mi gesto como un movimiento sospechoso y quiso advertirme, de una vez por todas, cómo era el maní. Voló por los aires y, sin darme tiempo siquiera para parpadear, me asestó una patada en el pecho, otra en la espinilla y una tercera en los testículos.

—¡Para que aprendas a comportarte delante de las damas! Ahora sí te jodiste, Manuel.

Manuel soy yo, y esa voz es la de mi alter ego.

—¡Cállate, güevón!

Claro que me dolió, y mucho. Pero el estupor y la humillación me impedían dar muestras exageradas de dolor. Apreté los dientes y resistí. Como uno de esos boxeadores mexicanos que enfrentan fuera de su patria a un salvaje tailandés, mi único recurso era guapear. Morir de pie, como dicen que mueren los árboles, aunque yo los he visto arder como la jirafa de Buñuel y luego caer con un estruendo espantoso.

—Ahora sí, mi don, ¿comienza a comprender? ¿O no? —Parece que a la vieja le divierte un mundo verme en apuros. Aprecia la iniciativa de la enana, la considera como un acto necesario, suficiente para hacerme entrar por el aro.

Me niego a responder. De nada me serviría entablar un diálogo con la desgraciada, pues ella ostenta y exhibe con impudicia los

atributos del poder. Y el poder, ya se sabe, es sordo. No escucha. Sólo reconoce el barullo de su propia voz.

Creo que ya lo dije, yo no estaba dispuesto a claudicar. Y aunque en apariencia —y en la práctica— tuviera todas las de perder, debería mantenerme lúcido y alerta aguardando mi oportunidad. El estar en franca desventaja, insomne y maltrecho, pateado por una enana: ésa era precisamente mi fortaleza. La carta que guardaba debajo de la manga. Mi arma secreta. El poder del que nada tiene que perder.

En un trance como éste, terminal, vale decir in extremis, me podía permitir algunos lujos. Por ejemplo, pensar. Recordar. Acordarme de algo. Y acordarse, en su acepción original significa despertar. Recordar es retomar la cuerda, hacerse de nuevo con el hilo extraviado en ese laberinto dendrítico que llamamos mente. Y aunque se trata de una falsa etimología, me valdré de ese recurso y tal vez logre despistar a la vieja alcahueta y su carnal.

La segunda parte del sueño en la selva esmeralda, el así llamado "conjunto b", cuyo relato me vi obligado a interrumpir por circunstancias de todos conocidas, reclama de nuevo mi atención. Ojo, que ahí voy. Oído al tambor.

Este ángulo no favorece mi visión. Pero es poco lo que puedo hacer por mejorarlo. Mis movimientos son limitados, y aun cuando pudiera desplazarme con un margen mayor de libertad no sería mucho lo que alcanzaría a ver. A través de la hendidura de la carpa se divisa un fragmento de paisaje desolador: un balde de plástico azul lleno de agua de lluvia, un montón de leña seca y al fondo una hilera de árboles. Ya he perdido la cuenta de los días que llevo en esta absurda situación, pues han sido varios los sitios donde hemos pernoctado esquivando el acoso de los soldados del ejército y en cada mudanza, a menudo confusa e imprevista, el pánico del presente me hace olvidar los padecimientos del pasado. En esta

carpa húmeda y maloliente llevamos más de un mes, de eso sí estoy seguro. Y durante ese tiempo he visto, con pocas variantes, los mismos elementos que componen un cuadro bucólico, triste y aterrador. Me lo he aprendido de memoria, y si salgo con vida de esta pesadilla no tendré otra alternativa que vaciarlo en una tela, convertirlo en un icono pintado de verde pistacho, enmarcado en caoba y colgado en una pared, pues sólo así podré librarme de su efecto repulsivo, de esa carga que pesa una tonelada en mis pupilas y en mi alma.

El paisaje repetido quizá no sea el peor tormento que me ha tocado soportar, ya que nada me impide imaginar un unicornio pastando tras la línea fronteriza de los árboles. Son otros los motivos que me causan el mayor daño: la comida es un asco, las cabuyas que ciñen mis muñecas y mis tobillos me hacen sangrar, la comezón en la espalda es un suplicio y, para colmo, no tengo la más mínima idea de por qué me secuestraron ni la más remota esperanza de liberación. Uno de los plagiarios anunció el otro día, con voz velada por el pasamontañas, en un tono que quería ser confidencial, que estaban negociando el pago del rescate. Sí, me estoy refiriendo a usted, aseguró apuntándome con su dedo enguantado. La noticia no tenía ningún sentido para mí, pues no conozco a nadie capaz de pagar quince bolívars a cambio de la prolongación de mi existencia en este planeta hostil. ¿A quién le puede interesar el destino de un pinche Agrimensor? Dígame usted. Carezco de bienes de fortuna y los pocos amigos que tuve alguna vez perecieron todos en la batalla de Biscucuy. Así que tendré que irme acostumbrando a la idea de un largo cautiverio o una muerte lenta, por inanición.

No me servía de consuelo saberme acompañado, saber que alguien compartía conmigo aquella celda de lona, a la intemperie. Ah, había olvidado presentarles a mi compañero de infortunios:

Mr. William Frank Niehous. El nombre me suena, no sé muy bien por qué. Supongo que se trata de un pez gordo, un gringo adinerado, acaso un agente secreto de la CIA o del FBI. Aunque también con él pudieron cometer una equivocación. Secuestraron a un turista distraído creyendo que se trataba de un chivato de la industria o un magnate de la televisión. Y después de que el daño estuvo hecho, esos idiotas maoístas se aferran a la idea de que recibirán una millonada como recompensa. ¿Cómo explicar entonces que el gringo lleve más de mil días en poder de la guerrilla? Todo un récord, sí, señor. Fue el mismo Niehous quien me confió el dato. Él no ha perdido la cuenta —y supongo que tampoco la paciencia. Se acuerda de los detalles más insignificantes de su larga estancia entre estos bandoleros —que se creen iluminados. Y como no le permiten escribir, se las apaña para llevar un diario mental. (Sospecho, por algunos giros en su conversación, que Niehous es Ingeniero, con estudios avanzados en cibernética). Utiliza una serie de recursos mnemotécnicos muy ingeniosos que le dan la posibilidad de archivar imágenes, recuerdos y episodios completos en el espacio ocupado por una palabra. Palabra ésta asociada a una figura, por lo general un animal. Éste a su vez se relaciona con una multitud de significados. El dragón, por ejemplo, tiene que ver con el fuego (destrucción y purificación), la fundición de metales, el humo de los cigarrillos, los trajes de amianto, el film Fahrenheit 451, San Jorge (por supuesto), Georgia (ahí nacieron mis abuelos, dice Niehous), Georgetown, las Geórgicas de Virgilio, la quinta paila, Giordano Bruno, Juana de Arco y San Lorenzo, Pepita (la mujer de Pepe Parachoques), la llama olímpica y también la del Perú, el infierno de los réprobos, el juego de la candelita, la pólvora (invento de los chinos) y algunos cuadros del chino Hung, Iris Chacón, la fiebre del heno y pare usted de contar. Con este método se puede uno aprender la Biblia de memoria, afirma muy

orondo el hirsuto Niehous. Él lo utiliza para algo más práctico: registrar los incidentes de su peculiar cautiverio. Y como está seguro de volver sano y salvo a su país (no me atrevo a reírme de ese optimismo un tanto ingenuo y bonachón de los gringos), escribirá un libro en el que dará cuenta de sus experiencias de chivo expiatorio y prisionero ambulante en las regiones equinocciales del Nuevo Mundo. Le sugerí un título, que a William Frank, ya he comenzado a tutearlo, le sonó bien: "Un episodio en la vida del Ingeniero Metalúrgico". El título es lo de menos, creo yo. Nadie va a impedir que el libro de Niehous se convierta en un best seller.

Como se puede ver, me entiendo bastante bien con mi compañero de viaje. Nos toleramos, lo que ya es mucho decir dadas las condiciones de hacinamiento y promiscuidad que tenemos que sobrellevar. En cambio, mi relación con los secuestradores es pésima. ¿Estaré vacunado contra el síndrome de Estocolmo? Me parece una aberración y un síntoma de debilidad esa empatía que dicen se suele establecer entre la víctima y sus secuestradores. Yo los aborrezco y los maldigo. Por mí que revienten todos, que se pudran en el infierno.

Algunas veces, para no morirme de aburrimiento, me entretengo ideando un plan de fuga. Contemplo múltiples posibilidades que me llevarían con éxito a la libertad, como aquella de fingir un paro cardíaco y aguardar a que me entierren para luego cavar un túnel que atravesase la montaña y salga en una llanura cerca del mar. Decepcionado abandono éste y cualquier otro proyecto de fuga, pues al verme libre el mundo se me viene encima, qué haré ahora, me pregunto, cómo saldré de esta nueva prisión.

Así va pasando el tiempo sin que nada suceda, nada que valga la pena reseñar. Imagino que estos días en el diario de Niehous serán despachados en unas pocas líneas. A menos que el gringo memorioso se ocupe de relatar con pelos y señales nuestras salidas

cotidianas a mear y defecar, que son siempre distintas y humillantes. Supongo que a él lo someten a las mismas vejaciones que a mí, pero por alguna razón de amor propio, y como si nos hubiéramos puesto de acuerdo, ambos nos hacemos los suecos. Es decir nos negamos a comentar tan bochornoso asunto.

Sentirse liberado de las ataduras que te cortan la piel es un alivio momentáneo, pues luego te vendan con un trapo sucio y te empujan hacia la salida. Avanzas a ciegas tropezando con alguna rama, caes de culo en un barrial, manoteas el aire como si buscaras en él un lugar donde apoyarte. Y a una orden del guardia de turno te detienes y te bajas los pantalones. Mientras te agachas sientes cómo el viento te enfría las nalgas. Y ahora pujas sabiendo que éste es el momento de la sensación verdadera, el instante supremo para el cual te has estado preparando durante las últimas veinticuatro horas. En ocasiones sólo sale de tus entrañas un ruido seco y cómico, una caricatura de trueno. Pero independientemente del resultado de tus esfuerzos, las risitas de burla no se hacen esperar. Es aquí cuando quisieras que un meteorito de dimensiones colosales impactara el planeta sacándolo de órbita, quisieras estar exiliado en la luna o de vacaciones en Aruba, quisieras convertirte en saltamontes para desaparecer en la espesa vegetación. Sin embargo, la impotencia o las ganas de cagar te impiden cualquier salida a lo Houdini, el realismo mágico no prospera en estos pagos, y continúas en tu humilde tarea. Puja, hombre, no ceses en tu empeño, que el mundo seguirá girando, indiferente y sucio, bajo tus pies.

Un día señalado notas en las risitas un timbre diferente, diríase refinado, un ji ji ji nervioso y contenido. Juras que la risa es femenina, y nada puedes hacer por evitar que el rubor coloree tus mejillas. Sientes en tu piel la mirada oblicua y urticante de una mujer, y por alguna extraña razón tu vergüenza se duplica. Te

hundes hasta el cuello en un pantano de conjeturas y especulaciones. Es muy probable —piensas— que en el grupo de secuestradores se halle una mujer —o varias. A lo mejor el jefe de aquellos desalmados tiene tetas ubérrimas de amazona. Alguien dijo que las mujeres de hoy son los hombres del mañana. Si el pasamontañas oculta el rostro, la ropa de campaña, fea, ancha y masculina, puede esconder un cuerpo femenino. Ya lo habías sospechado cuando un enmascarado se inclinaba sobre ti para curarte la cortadura que te habías hecho durante una caída. En el aire flotaba un aroma denso y fermentado, una mezcla de almizcle y ambrosía. Fragancia que te trasladó a una isla del Caribe, al lado de Kaori, en una noche clara de cielo constelado. Fucking on the beach doggie style. ¿Qué tal, Niehous? Tus lecciones de inglés, my dear friend, están surtiendo efecto. ¿O no? Si acaso existe esa quimera que los filósofos y vendedores de perros calientes llaman felicidad, yo la encontraba en el cuerpo húmedo y ardiente de aquella colegiala que el destino había reservado para mí. Dormíamos abrazados en el porche de la cabaña, arrullados por el oleaje. Hablábamos de una ciudad esplendorosa del Asia Central, habitada por gañanes, enanos y galanes, donde un día viviríamos un idilio bizarro y tormentoso que combinaría el romanticismo alemán con el hard core. Y cuando el cielo se despejaba, yo le mostraba mis estrellas favoritas: Sirius, Canopus, Antares, Arturo, Aldebarán, Rigel y Betelgeuse.

(Nunca entendí por qué mis amigos insistían en decirme que aquella muchacha, además de niche y vanidosa, era una mangiatrice di uomini. Si persistía en seguir a su lado, me aguardaban la ruina y el deshonor. Te dejará en el puro hueso —afirmaban. Tales augurios me tenían sin cuidado. Yo me hacía el sordo, no me importaba que Kaori hubiera crecido en un barrio marginal, y su afán devorador lo disfrutaba en carne propia hasta

perder el aliento y la razón. Kaori, por supuesto, era un sobrenombre. Y Toyota representaba un homenaje al vehículo donde ella me ofreció la primera vez su fragante florecita de pétalos aterciopelados. Y colorín, colorado).

Kaori me abandonó, y quise, después de la caída, escribir un relato que rescatara la esencia de aquellos días dichosos en la isla con nombre de corazón. Kaori, vida mía, kokôro, nunca te olvidaré. Pero pudo más la desidia, aunque, y esto no es ninguna excusa, de haberlo intentado me habría enfrentado al vértigo de la página en blanco y a mis propias limitaciones como relator. No me ha sido dado el don de la escritura, soy un Agrimensor.

En contra de tus aprensiones, la otra noche, cuando aún resonaba en tus oídos el eco odioso de la risita, ji ji ji, tu vergüenza se transformó en furia vengadora y te hiciste el firme propósito de aprender a escribir. Claro está, si los perdonavidas que te habían secuestrado se apiadaban de ti. Te emplearías a fondo hasta lograr que las palabras se doblgaran a tu voluntad. Asistirías a todos los talleres literarios que se dictaran en tu ciudad, no importa cuántas idioteces tuvieras que escuchar. Tomarías cursos por correspondencia, clases a domicilio, harías planas con los mejores párrafos de los escritores de moda. Noches en blanco, ojeras, náuseas, una avalancha de adjetivos, ataques de melancolía, tequila y prozac: cualquier dificultad se convertiría en aliciente, cualquier escollo en un motivo más para alcanzar el objetivo: escribir un relato, el único y definitivo, cuyo título se te aparecía destellando en la oscuridad con letras de oro: "Mujeres cagando". ¿Cómo te quedó el ojo, William Frank?

Reflexionaba acerca de esto y lo otro, me fijaba en el paisaje hecho pedazos, intentaba espantar una mosca que se posaba en mi cabello empegostado de sudor. Niehous roncaba como una locomotora, y la tarde detrás de los árboles aleteaba con estertores de murciélago.

Pronto llegarían las sombras devorando las últimas hilachas de luz. Otra noche de espanto se cernía sobre el campamento. Hay un instante privilegiado en el atardecer que pocas veces somos capaces de percibir. Cesan todos los ruidos, pareciera que el tiempo se detiene, nada respira, el viento deja de soplar. A esta mínima pausa en el flujo del día hacia la oscuridad la llaman conticinio. Y precisamente en el conticinio de ese día, mientras aguardo con mirada embelesada que tras aquella hilera de árboles aparezca el unicornio, el silencio es cortado bruscamente por el retumbar de la tierra, un estruendo solapado se acerca en oleadas. ¿El tan anunciado terremoto llega al fin? Temor y temblor. Una figura colorida se recorta allá en el horizonte, flota como un espectro diurno en el aire líquido del atardecer, los árboles se apartan para darle paso. No es un tractor, no es el pájaro guarandol, no es Supermán. Es un jinete escarlata montado en un caballo blanco como el del niño Simón. Es Tony, el hijo de la Toña, mi hijo consentido acude a rescatarme. ¿Cómo iba yo a saber que el despliegue de acrobacias ecuestres que había presenciado en la primera parte del sueño era una manifestación inequívoca de amor filial? ¿Cómo iba yo a saber que aquel mocoso acudía al rescate de su papá?

Esto es, amigos míos, en términos poco elocuentes, lo que quería demostrar. Aun en las situaciones de máximo riesgo soy capaz de abstraerme y salir fuera de mí. No se trata exactamente de un desdoblamiento, piénsese más bien en un boxeador que intenta resolver una ecuación mientras su contrincante lo tiene al borde del knock out. Las posibilidades de salir airoso son casi nulas. Sin embargo, el esfuerzo se verá recompensado, más allá del resultado de la refriega, cuando se halle el corolario.

Ya de vuelta en la cruda realidad, ponderé mi situación. Y tuve conciencia de que el altercado con las malditas invasoras tendía a

empeorar. Entropía me pareció un término apropiado para definir el cauce que habían tomado los acontecimientos desde el instante en que me percaté de que algo turbio me aguardaba al entrar a la pagoda. Pero de nada me servían las definiciones de manual cuando permanecía atrapado en un callejón sin salida. Mi silencio, que las damas han interpretado como una muestra de resignación, las exaspera. A lo mejor esperaban de mí una pataleta, un ataque de rabia o algún intento de fuga, el más insignificante gesto de protesta que les permitiera castigarme sin piedad. Pero no les seguí el juego, me mantuve callado, mudo como un pez.

La pantomima de juicio, que ni siquiera el más idiota se lo hubiera tomado en serio, ellas la representaron con pasmosa solemnidad. Me acusaron de hereje lujurioso, seductor de una asiática menor de edad, posesión ilícita de un arma de guerra, evasión fiscal, desacato a la autoridad, consumo de sustancias sicotrópicas, falsificación de documentos, sacrificio inútil de un indefenso animal, escándalo en la vía pública, acaparamiento de artículos de primera necesidad, contrabando de papel impreso, difamación en perjuicio de un peluquero, delitos de menor cuantía como el robo de una naranja, ofensas a la majestad de un teniente coronel, abandono del hogar en circunstancias nada claras para los funcionarios de la judicial, redacción de panfletos subversivos, cédula de identidad vencida, malos pensamientos, faltas reiteradas a la moral ciudadana, crueldad mental, traición a la patria y muchas otras lindezas que olvidé. Aquello parecía un acto de fin de curso de la Concentración Escolar N° 413, parecía una escena de Ubú rey, parecía uno de esos bufos programas radiofónicos de la Quinta República. De no haber sido porque aquel rosario de acusaciones ponía en peligro mi cabeza, ahí mismo me habría dado un ataque de risa. Sí, señoras del jurado, lo juro por lo más sagrado. Pero el asunto era serio, muy serio. Las damas de la ley, revestidas con ese aire de suficiencia que

sólo otorga el resentimiento, no dejaban margen alguno para el humor.

Si me lo hubieran permitido, o si acaso me lo hubiera propuesto, podría haber respondido punto por punto la letanía de improperios y desatinos. El sacrificio del perro, por ejemplo. Es cierto, señoras, que liquidé al pobre animal. Yo lo maté. Pero no lo hice por maldad sino por compasión. Sufría horrores el perrito, tenía cáncer en la próstata, mal de Parkinson y parálisis cervical, había perdido el apetito y las ganas de ladrar, casi no se podía mover. Cuando me le acercaba fijaba en mí una mirada de alma en pena que me partía el corazón. Márame, me suplicaba. Y no me quedó más remedio que cumplir su voluntad. Es falso de toda falsedad que le haya disparado con una escopeta, le puse una inyección de fenobarbital. Por si no lo sabían, en este país la eutanasia hace tiempo que dejó de ser considerada como un crimen.

Ah, me acusan de acaparador. ¡Ni que estuviéramos viviendo en el mar de la felicidad! Aunque dudo que el café pertenezca a los así llamados productos de primera necesidad, reconozco que guardo en la alacena kilo y medio de ese valioso polvo aromático, tan apreciado por taxistas, insomnes y despechados, repartido en seis paquetes de 250 gramos. No creo, y ustedes disculparán mi intromisión en menesteres de su exclusiva competencia, que se trate de un alijo ilegal, ni en cantidad ni en calidad. Tampoco se podría hablar de contrabando, pues si ustedes observan la etiqueta descubrirán que el polvillo en cuestión procede del suelo patrio. Made in Venezuela. Vale decir en esta ribera del Arauca vibrador. Y si alegaran el delito de usura, les puedo asegurar que ese café, comprado al detal y en dosis apropiadas para un vicioso como yo, es utilizado sólo para consumo personal. No está destinado a la venta, ¿me comprenden? Ah, si les apetece, les preparo un par de tazas. Negro, marroncito o con unas gotas de leche, como ustedes

lo prefieran. Yo le agregaría, encantado de la vida, un par de cucharadas de arsénico o cianuro, veneno para ratas, una ración doble para la enana cananea, que parece un hueso duro de roer. Que les aproveche, buenas tardes y adiós.

¿El ofendido peluquero? Ya te aviso, chirulí. Si hubieran visto cómo me quedó el cráneo después de haber confiado mi hermosa cabellera a los cuidados del estilista de marras. Parecía un mapa del camino de recuas que conduce a Los Nevados. Y no les digo más. ¿La naranja? Por Dios, si era una guayaba, bien madura y caída de la mata. Y al militar ése, con ínfulas de Napoleón, sólo le menté la madre y se la volvería a mentar.

Y así por el estilo. Poco a poco y con razones difíciles de rebatir (pues me asiste el derecho natural, el libre albedrío y la tercera ley de Newton) iría desmontando aquel parapeto de cartón piedra, aquel tinglado de porquería improvisado por unas damiselas resentidas con un único propósito: mi condena. Pero nada dije, permanecí callado. Sabía yo que cualquier argumento en mi favor, por más convincente que pudiera parecer, sería ignorado por mis carceleras. Brujas desalmadas que se habían erigido ellas mismas en representantes de la ley. La ley de la selva, imagino. La madre de Tarzán. Para qué entonces gastar pólvora en zamuro. Más allá de mi porfía, el veredicto sería el mismo. Si nada podía hacer por torcer el destino, se entenderá por qué procuraba evadirme hacia un territorio mental. Yo me escapaba lo más lejos posible, hasta las gélidas montañas de la luna habría ido para librarme de la insensatez. Y esto a nadie le puede causar asombro, prefería estar en otra parte, sí, señor, cómo negarlo. Conversando de béisbol o de fútbol americano con Niehous, o singando con Kaori en la playa, al estilo perrito.

III

Hablando de béisbol, el deporte nacional, les participo, señoras y señores, que comienza la segunda del noveno. Se acabó lo que se daba, y aunque suene contradictorio: ahora es cuando falta tela por cortar. Les dije que el veredicto estaba cantado y no me equivoqué. Las damas, que durante el juicio sumario habían permanecido serias y muy tiesas como si estuvieran cagando con dificultad, se despojan de sus máscaras y ríen a carcajadas. ¿Qué será lo que les causa tanta gracia? La venerable anciana contiene la risa, tose y carraspea, se aclara la voz y me declara culpable. Luego procede a leer la sentencia. La farsa llega a su fin. Pero antes, esperen. No empujen ni se impacienten, que esto se pone bueno. A ver, quién quiere apostar. Es un juego muy fácil e incluso entretenido, y con un premio sorpresa para el ganador. Basta con adivinar los términos de la condena. A ver, usted, caballero. Sí, el calvito rubicundo de la última fila. ¡Acertó, señor! Usted se ha ganado una cola Dumbo. Si se agacha, me lo zumbo.

Ya basta de bromas: ¡me sentenciaron a la pena capital!

Pero antes de la ejecución, pautada según los cánones más tradicionales para la primera hora del amanecer, las justicieras se divertirán haciéndome cantar. En palabras de alguna de esas compasivas ONG's, ausentes por estos lares que disfrutan de una prolongada euforia nacionalista, me torturarán. Exigirán de mí una confesión pormenorizada de mis crímenes, en la cual debo incluir una lista de cómplices, amantes y allegados. Hasta el teléfono de mi suegra, que descansa en paz, servirá como evidencia de mi conducta criminal. No conformes con dejarme sin aliento ni voz, e incluso sin cabeza pues el veredicto no excluye la posibilidad de una decapitación, me utilizarán como *sparring* y *punching bag*. Creo

que la enana cananea está gozando como una china con el papel de golpeadora, cómo le gusta patear a esa bellaca. Ya durante el famoso juicio, de puro antojo o para intentar sacarme de mi abstracción, me asestó una andanada de patadas en las rodillas y el trasero. Y a pesar de su tamaño de sabandija, algunas veces hacía blanco en mi cuello con su sucio talón. Yo estaba obligado a permanecer de pie. Y como si aquella demostración de artes marciales no la dejara satisfecha, me aporreaba las costillas con un bastón. ¡Qué hubiera dado por tener a mano el matamoscas de Hércules! De un golpe seco la habría aplastado contra la pared, convirtiéndola en una masa informe de papilla y huesos rotos. Sin ir muy lejos y con una pizca de decisión y rapidez, la habría pisoteado con mis botas de explorador. Me acordé de Sun Tzu y me contuve para evitar que se me saliera la fiera, ya se sabe: en estos primeros rounds llevaba yo las de perder.

Que nadie me pregunte nada, por favor.

Cristo con la cruz auestas camino del Calvario debe de haber experimentado instantes de desolación. ¿Qué sentido tiene todo esto? ¿Por qué me someten a semejante humillación? ¿Vale la pena este sacrificio colosal? Seguro que se hizo preguntas como éstas. El dolor y el sufrimiento no sirven de nada, se agotan y consumen en sí mismos. Es falso que fortalezcan el espíritu. Creo más bien que lo debilitan, te dejan hecho polvo y con el alma envenenada de rencor. Mientras subía la escalera empujado por la vieja y la enana, apoyándome en la baranda para no caer, resiste, hombrecito, aguanta un poco más que hoy estarás conmigo en el paraíso, barajo el tiro, Patrón, la imagen de Cristo doblegado por el pesado madero se me aparecía en la mente, nítida y acuciante como si emanara de un poderoso reflector. Si el hijo de Dios flaqueó en aquel paseíto cuesta arriba, ¿qué se puede esperar de mí? Los huesos me duelen,

parecieran a punto de estallar, me tiemblan las piernas, estoy al borde del derrumbe, casi no me puedo sostener.

Ahora me pasean por la planta alta como si tuviera yo la obligación de inspeccionar los destrozos, hacer un avalúo de los mismos y dar el visto bueno. En el baño del cuarto principal han arrancado de cuajo el lavamanos, la poceta y la bañera de Marat, y han intentado taponar las salidas de agua con trapos y ropa sucia. No entiendo por qué se han tomado el trabajo de destruir esos artefactos que a nadie le estorban ni hacen daño. Lo entiendo menos cuando pienso que las damiselas se apoderarán, luego de cumplida mi ejecución, de la casa. Serán a partir de ese momento las nuevas y flamantes dueñas de este espacio que tantos recuerdos gratos guarda para mí. Así lo han decidido y no me pregunten por qué, sólo sé que en el veredicto incluyeron una cláusula de expropiación.

Y como si la perspectiva de liquidarme y apoderarse de la pagoda no le resultara suficiente, el vejestorio ese me somete a un nuevo tormento: habla hasta por los codos. Hace ya media hora que no para de hablar. Imagínense, le ha dado por inventarse una historieta francamente retorcida que se remonta a mi niñez. Afirma sin desparpajo que ella es mi madrina de óleos. Comadre de mi madre, a quien dice haber conocido muy bien. Fuimos compinches cuando muchachas, y si le contara de nuestras andanzas por tabernas y barbechos se moriría usted de la vergüenza. Voltea los ojos y se dispone a hacerme una confidencia, vieja maldita, jura que de no haber sido por su oportuna intervención yo no habría nacido, pues esa ingrata de tu madre tenía todas las intenciones de abortar. Y luego agrega, con malicia, creo que la comadre tenía razón, fui yo la que cometí un error al convencerla de que esa semilla que crecía en su vientre no era una víbora sino un regalo de Dios. Pero nunca es tarde para rectificar, ¿no cree usted?

Ignoro cuál será el propósito de esa vieja puta al pretender malquistarme con mi madre. No debo prestar oídos a sus perversas insinuaciones. Mi madre era una santa mujer, abnegada y noble, fiel y angelical. Soportó sin rechistar los insultos, palizas y maltratos de mi padre, lo apoyó en todos y cada uno de los proyectos fantasiosos que se le ocurrieron, pagaba con sus propios ahorros las deudas de juego de su marido y lo acompañó en los peores momentos de su enfermedad. Y ahora viene esa falsa comadre, salida de algún burdel de la tercera edad, a sembrar cizaña en el momento más inadecuado. Sabe ella que mi madre no está en condiciones de refutar esa sarta de mentiras, y así con alevosía y cinismo la difama a troche y moche. Sabe ella además que cualquier barbaridad que diga o haga estará respaldada por la impunidad que le confiere el ejercicio del poder. El poder envilece. No hay nada que hacer. Ese mal no tiene cura. A esa ramera resentida nadie, ni siquiera el santo de Isnotú, la haría entrar en razón. Dicen que la razón se asienta en el cerebro. Encantado de la vida le rompería el cráneo si tuviera la oportunidad.

Lo que han hecho con mi estudio no tiene perdón de Dios. Me ahorraré una descripción detallada, pues no quiero que me tilden de exagerado. Sólo diré que el trabajito me recuerda una de esas escenas bíblicas en las cuales el enemigo vencedor luego de arrasar la ciudad sitiada, sin que quede de ella piedra sobre piedra, procede a cubrirla por entero con toneladas de sal, para que en ese lugar yerto no crezca en siglos ni siquiera una mala hierba. Sigo sin entender los motivos de semejante ensañamiento. Y ante la incompreensión, me atrevo a formular una hipótesis relacionada con la utilización del espacio. Quizá lo único que le interese a las invasoras es este sitio techado y de paredes sólidas. Que las protege de la intemperie y les brinda un máximo de seguridad. Alfombras, cuadros, libros, lámparas Tiffany y un unicornio de cristal no son

más que estorbos, signos de una cultura en franca decadencia, cachivaches inútiles que el nuevo orden exige destruir. Vuelvo y repito: lo único que cuenta para ellas es el espacio vacío, que irán luego ocupando y adaptando a sus propias necesidades. Así: en el lugar amplio, luminoso y ventilado donde antes estuvo mi estudio, ahí donde experimenté la alegría de vivir mediante prácticas sencillas e íntimas que en nada ofendían a mi prójimo pues las ejercía en soledad (siesta, lectura, masturbación), ahí levantarán un gallinero. Un monumento al trabajo y la eficiencia, un instrumento productivo y útil para la sociedad. De esta usina de nuevo cuño, regentada por un par de damas caritativas, la enana y mi madrina, saldrán miles de huevos que contribuirán a paliar el hambre de una tropa de menesterosos, niños de la calle y desheredados de la fortuna. ¡Tortillas a granel! La sociedad, amigos míos, ha salido gananciosa con la expropiación. He ahí el detalle, como dice Cantinflas. ¡Eh, Joe! Dígame usted qué uso se le podría dar a los trastos de un Agrimensor. Ocioso de mierda, ifetichista! Ya basta, idiota. Deja a un lado esas fantasías avícolas y defiéndete como puedas. Utiliza el poco aliento que te resta en vigilar, y si corres con suerte ya llegará el tiempo de castigar.

Vayamos a lo nuestro. Que el asunto está que arde.

¿Vayamos? Vaya, vaya, mi don. Vamos juntos al sagrario, que Jesús llorando está. Pero en viendo tantos niños, muy contento se pondrá. Y a éste, qué bicho le picó. ¿Un tábano o una pulga? Cumplida la inspección en el sector sur, salimos hacia el pasillo. Vieja loca, si gusta le cedo el paso. Siga usted adelante, no faltaba más. Soy lector del Manual de Carreño, primero las damas o la persona más distinguida, y creo que en ambos casos la precedencia es suya, quiero decir de su merced. Pero la muy ladina no pisa el peine. Con un gesto imperioso me ordena que continúe donde estoy, y me advierte, por si acaso se le olvidó quién manda a quién,

que no se me ocurra salirme del carril. Cualquier movimiento sospechoso será interpretado como un acto de rebelión, y atégase señor a las consecuencias. Y para ratificar la orden de su superiora, la enana cananea me puya las costillas con un garrote. ¿Un vil garrote o un garrote vil? Elija usted.

Y ahora, Dios de los cielos, nos encaminamos, como un trío de peregrinos en busca del Santo Grial, rumbo al aposento de Tony. Pienso que esta será mi prueba de fuego. No sé si soportaré la visión del cuarto de mi hijo convertido en un chiquero. Desde que Tony se fue con su madre, hace más de quince años, ese lugar ha permanecido intacto, sin ninguna modificación. Sólo ha sido alterado, imagino, por la pátina del tiempo. Libros, juguetes, ropa, su colección de barajitas y los instrumentos de un jugador de béisbol, incluyendo un bate firmado por Víctor Davalillo, todo se mantiene igual a como mi hijo lo dejó. De vez en cuando entro al cuarto para airearlo y sacudir el polvo, me he negado incluso a pintarlo. Siempre he confiado en la vuelta de Tony, y quería que al regresar encontrara las cosas suyas en su sitio. Lo veía entrar a su aposento de paredes azul cielo como si ingresara en otra dimensión, y al reconocer este espacio donde el tiempo no había transcurrido se producía en él una regresión. Su larga ausencia se condensaba entonces en una breve visita al zoológico, en compañía de su madre, el día en que conoció a un mandril. Qué animal tan raro, papá. Me llevé un susto cuando se acercó de tres zancadas a los barrotes. Y comenzaríamos de nuevo, burlándonos del tiempo, jugando metras en el patio de atrás, elevando papagayos en la colina, repasando la defensa india de dama, haciendo juntos las tareas de aritmética e inglés. Se entenderá entonces por qué tiemblo de rabia o de miedo mientras me acerco a la puerta. No soy capaz de discernir.

Aquí debería acabar esta horrible —e inverosímil— historieta. Que ya me tiene hartó. ¿Y a usted? El protagonista, a punto de

entrar al cuarto de su hijo, que él llama aposento por algún extraño anacronismo, acosado por esa vil pareja de féminas vestidas para matar, tropieza de pronto con algún desnivel, vacila como un porfiado antes de irse de bruces, y no alcanza a sentir el impacto contra el piso porque en ese preciso instante se despierta. Y al despertar, ningún dinosaurio estaba allí. Tampoco se veía entre la bruma que se dibujaba delante de sus ojos señal alguna de la vieja urraca y su compinche. Al lado del durmiente descansa en pantaletas la tan mentada Kaori Toyota. Que al ver en las pupilas de su amado Manuel chispas de preocupación o de terror, se le acerca para consolarlo. Sintiéndose a salvo en brazos de Kaori, Manuel le cuenta algunos pormenores de la pesadilla. Y la muchacha le habla con dulzura, como sólo ella sabe hacerlo:

—Mi corazón, no deberías dormir al sol después de un almuerzo con camarones. Por cierto, ese sueño tuyo es muy fácil de interpretar: te debates entre dos amores. Uno de ellos, supongo que esa enana cananea, soy yo. Qué risa me da que me veas así. La otra tampoco sale muy favorecida. Tendrás, si quieres dejar de atormentarte en sueños, que tomar una decisión. Elige, pues.

Nadie duda del alivio que experimentaría el soñador. Qué le importa la verosimilitud del relato. Pero es de suponer que una salida así, como sacada de la manga, no dejará satisfecho a un lector exigente, que mostrará a viva voz su indignación. Y a este escritorzuelo, ¿qué mosca lo picó? ¿Acaso se cree César Aira?

Dice Heráclito que todo lo que vemos cuando estamos dormidos es sueño, mas lo que vemos cuando estamos despiertos es muerte. Y digo yo, citando a un pensador anónimo, que la verdad es un veneno de efecto retardado y letal. Así que no hay posibilidad alguna de escapar a la trama que se ha venido urdiendo desde la primera frase del relato. Que, por los vientos que soplan, habrá de tener un infeliz final. Manuel es un rehén y nada podemos hacer por

mejorar su situación. ¿Seremos testigos de su ejecución? Un momento, no se apresuren. Si él no tiene escapatoria, nosotros no estamos obligados a seguirlo. Bastaría con dejar de leer. Vamos, prendan el televisor.

La puerta está cerrada y cuando me dispongo a abrirla la vieja bruja me detiene con un gesto airado. Se adelanta y con un movimiento teatral exagerado aparta las dos láminas de madera pintadas de azul cielo. Me froto los ojos, pues lo que veo es difícil de creer: el cuarto de mi hijo escapó al vendaval. Contengo el impulso de arrojarme a los pies de aquella señora compasiva, gracias, gracias, madrina, yo siempre supe de su nobleza, nunca dudé de su bondad. Una sospecha se me clava como una espinita en el corazón: si la canalla respetó este recinto sagrado, por algo será. Quién sabe qué iniquidades se reserva para el final. Alguna treta rumiada durante un mes de espera me aguarda entre estas cuatro paredes. Y como si quisiera corroborar mis pensamientos, la enana cananea ríe con voz seca y carrasposa a mis espaldas. No te hagas ilusiones, cabrón.

Lo que no va a suceder, sucede —decía una amiga mía.

La enana me empuja con el garrote. Ahora es cuando caigo en la cuenta de que ese pedazo de madera labrada con primor perteneció a mi padre. Él, que era un consumado bailarín de Tamunangue, lo utilizaba en unos vistosos combates que se escenificaban en su pueblo natal, cerca de Barquisimeto, durante los festejos en honor a la Divina Pastora. Recuerdo que una vez, desde un balcón, lo vi bailar y batallar en una calle de tierra adornada con bambalinas y guirnaldas. A pesar de que ya estaba entrado en años, se movía con soltura y elegancia. Y aunque en estos momentos de apremio la memoria me falle, supongo que en aquella pelea mi padre resultó vencedor. Los tiempos han cambiado, amigo mío. Nadie sabe para quién trabaja. El bastón guerrero de mi padre lo usa esa maldita

enana como si fuera una vulgar garrocha. Lo clava con saña en mis costillas. ¿Cómo la ves?

¿Y ahora, qué? A partir de este momento el relato se hace borroso. Como si lo contemplara a través de un lente fuera de foco. Empañado quizá por la impotencia y la rabia. Dicen que un relato conlleva siempre una distorsión. Y en las condiciones en que ahora me encuentro, sometido a los caprichos de un par de locas rencorosas, no me siento con ánimo de contradecir a nadie. Menos aún de discutir la validez de una premisa teórica, que no me da ni frío ni calor. Guardo mis menguadas energías para el desenlace. Y basta ya.

La bruja, que en un instante de lucidez se me aparece como una representación de mi mala conciencia, se encarama en un taburete y desde aquella posición de saltimbanqui o de candidata a la Alcaldía comienza a balbucear una perorata, no sabría decir si incoherente o brillante. Apenas alcanzo a descifrar palabras aisladas: masacre, engaño, estafa, impostura, Ezequiel o acaso Ismael, barriles de petróleo, fustanes, mastranto, barragana, cristofué (¿qué hace un pajarito tan arisco en labios de esa vieja maluca?), filibustero, traidor, matón, patriota, drogadicto. Mantuanos o montunos, no oigo bien. Ese hijo suyo debe ser un sute muy malcriado. Esto sí lo escucho con claridad y lo siento como un reproche. Pero permanezco callado, pues nada tengo que alegar en mi favor. Cuando la vieja hace una pausa, la enana aplaude con las uñas, y yo debo esforzarme como un macho cabrío para no echarme a llorar. ¿Por qué se empeñan en prolongar mi agonía? Vamos, acaben de una vez.

No sabría decir cuánto duró el discurso de la doñita, ni en qué momento terminó. Recuerdo sí que sin bajarse del taburete la vieja me ordenó que recogiera los cachivaches de ese hijo suyo, tan bonito él, parece un ángel, con ese pelo largo y ensortijado, y le

mostraba una foto a la enana, que volteaba los ojos imitando a una santa en pleno éxtasis, mira esos ricitos de oro, seguro que le sale maricón, y a mí la sangre se me revolvió, la sentí correr como un torrente embravecido bajo mi piel escamosa de cincuentón. Y en mi cerebro fatigado, lleno de sentimientos encontrados, relumbró una luz. Una chispa apenas, como el parpadeo de una luciérnaga en la más espesa oscuridad. Que recogiera los cachivaches, repitió la desgraciada, y los amontonara en medio de la pieza. Verá, usted, mi don, cómo arden esos peluches y la locomotora de madera, seguro que le costó un dineral, y esos trajecitos de marinero, a quién se le ocurre vestir a un varoncito con esos miriñaques, pobre chamo, con razón acabará botando la segunda, se lo digo yo.

Obedecí sumiso. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Mientras iba tomando entre mis manos las reliquias de mi único hijo, condenadas a la hoguera, procuraba mantener la mente en blanco, pues cualquier pensamiento me hundiría en la depresión. Pero es difícil no pensar cuando estás vivo y despierto. Debería entonces, me dije, aferrarme a algún recuerdo o centrarme en un único pensamiento, de tal manera que la tarea que me veía obligado a cumplir, ya se sabe, contra mi voluntad, pasara a un segundo plano, y que incluso se fuera diluyendo en la memoria como los residuos de un evento banal. Si todo lo que sucede está destinado a ser olvidado, podría actuar como si la serie de sucesos que jalonaban el presente estuvieran ya sepultados en el olvido total. Yo sabía que me estaba engañando, pero esta estrategia de escamoteo y negación de la realidad me libraba momentáneamente de la insania mental.

Me acordé entonces de mi padre. Él siempre regresaba tarde a casa. Se entretenía en alguna juerga o charlando con sus amigos en un bar. Un día nos sorprendió llegando muy temprano, a la hora de la cena. Y la sorpresa fue doble, pues se apareció con un regalo

para mí. Hasta donde yo alcanzaba a recordar, era la primera vez que me regalaba algo en mi cumpleaños. Y aunque un poco tarde, pues yo había celebrado mi arribo a la terrible edad de once años la semana anterior, se lo agradecí. Lo más notable del gesto de mi padre era que había acertado en la elección del regalo: un libro de cuentos fantásticos titulado *El arquero dormido*, cuya autora, Yolanda Capriles, aparecía sonriente y de perfil en la contraportada. En aquel tiempo yo era un vicioso de la lectura. Y presumo que devoré los cuentos del libro de Yolanda Capriles, o al menos la mayoría de ellos, aquella misma noche. No tengo la memoria de un monstruo, pero me atrevo a decir que se trataba de un libro variado, atractivo y por momentos divertido. En el primer cuento, olvidé el título y el argumento, disculpe usted, había un ogro, una bruja y una bestia que vivía en el fondo de un lago. Otro relato refería las tribulaciones de una viuda muy joven y virgen, acosada por una banda de pretendientes. A pesar de su tenaz resistencia, sucumbió a los encantos de un forastero, que resultó ser la encarnación de un demonio. En alguna página, que me hizo saltar del susto, unos aldeanos borrachos le sacan los ojos a un mendigo, con una cuchara. Recuerdo la escena como si la hubiese contemplado, desde muy cerca, en el mundo real, pero ahora no estoy seguro de haberla leído en ese mismo libro. Tampoco podría jurar que el episodio, inolvidable, del obispo embalsamado, relleno de manzanas como un cochino listo para la cena de Navidad, que viajaba río abajo en una canoa, seguido por una nube de moscas, formara parte de aquel legado de relatos fantásticos. ¿Olvidé el resto del libro? Es posible. Sin embargo, podría, si me lo propusiera, relatar con pelos y señales, o con lujos y detalles, la trama entera del cuento “El arquero dormido”, precisamente el que da título al libro.

Seré breve, pues si me demoro en rodeos y circunloquios la maldita vieja y su secuaz me dejarán con la palabra en la boca, y ustedes se quedarán sin saber el desenlace.

La acción transcurre en un pequeño reino de Europa Central, en la Alta Edad Media. El castillo del rey es acosado día y noche por unos vándalos. Durante meses los guardianes del castillo han resistido las embestidas de los enemigos. Pero ya, fatigados y hambrientos, comienzan a flaquear. Se agotan los bastimentos, la fiebre y el pánico han cobrado algunas víctimas, y el invierno se acerca como la peor amenaza. Los guardias nocturnos, que han sido elegidos entre los más hábiles arqueros, constituyen el último baluarte y la única garantía de sobrevivencia de los habitantes del castillo. Nuestro héroe y protagonista, Lubio o quizá Ludovico, es un joven, todavía un adolescente, que antes de ser destinado a los oficios de la guerra se dedicaba con entusiasmo casi infantil a la composición de canciones galantes. Tenía fama Ludovico de ser un soñador. Pero soñar era una tarea por demás peligrosa en aquellos días de hambruna y nubes agoreras en el cielo otoñal. Los vándalos se preparan para el ataque final. El arquero Lubio defiende una de las atalayas del costado sur.

Así las cosas, una noche medrosa y muy oscura nuestro vigía baja la guardia y se queda dormido. En ocasiones anteriores, el arquero se había distraído, soñaba con los ojos abiertos, se veía susurrando alguna de sus poéticas invenciones en el embudo cartilaginoso, quiero decir en el oído de una muchacha, que no era otra que la hija del molinero. La había visto una vez, al pasar, desde la distancia de una pedrada, y se prendó de ella de tal manera que la convirtió en la fuente inagotable de su inspiración. No tenía Ludwig (creo que se llamaba así) intención alguna de acercarse a su amada, pues sin contar con los vándalos que se habían instalado, para quedarse, a las puertas de la ciudad (ahora recuerdo que no se trataba de un

castillo sino de una ciudadela amurallada), la timidez lo mantenía a raya. Le bastaba soñarla, pues había descubierto, no sin asombro, que en el sueño disfrutaba de plena libertad, podía hacer lo que le viniera en gana. ¡Cuántas veces había poseído al objeto de su deseo! Se aprovechaba de su fortaleza física, que le había valido unas cuantas coronas de laurel en los torneos anuales, para someterla. Y la muchacha no ofrecía ninguna resistencia, se entregaba con ardor y dulzura. Es de suponer que compartía a su manera los mismos sentimientos del arquero enamorado. Justamente, la noche infausta en que Luis se quedó dormido, los pichones retozaban gozosos en un colchón de hojas secas. Y mientras esto sucedía en las comarcas del sueño, un vándalo temerario, con un cuchillo curvo apretado entre los dientes, trepaba la muralla. Se había calzado en los pies unos garfios de metal que le permitían apoyarse en las salientes de la muralla, y llevaba en ambas manos unos guantes rústicos que lo protegían del filo de las piedras. Pronto alcanzó la cima y al vislumbrar entre las sombras al arquero dormido se le abalanzó como una fiera. De un solo tajo le rebanó el cuello, y de la garganta del soñador brotó un manantial de sangre caliente que salpicó el chaleco de malla del adversario. El punto defendido, y en mala hora descuidado por Luigi, constituía un lugar estratégico, quizá por ello el más débil, de la imponente muralla. Al caer la defensa y valiéndose del factor sorpresa y la oscuridad, una docena de vándalos se hicieron fuertes en el costado sur. Antes del amanecer los enemigos habían logrado abrir un boquete en la muralla, la ciudadela estaba sentenciada. En cuestión de horas los vándalos harían su entrada triunfal en la ciudad infeliz.

¿Y el arquero? Nada supimos de él. Quizá en el infierno se lamenta de su trágico destino. Quizá no tuvo tiempo de despertar y se quedó prisionero en el sueño, flotando en un limbo de conjeturas y falsedades. El relato, que no contiene ninguna moraleja, acaba

con el derrumbe de la muralla. Y no creo que sea lícito inventar una posible continuación. O un colofón que sirva para justificar o condenar a un joven candoroso cuyo único vicio era soñar. Dormido o muerto, al carecer de conciencia el infortunado Lucho no será víctima de la culpa. ¿Y quiénes somos nosotros para reprocharle su conducta? Yo, por mi parte, aunque no tengo motivos para felicitarlo, me alejo de las ruinas de la ciudad y suplico a los dioses de la peste que permitan al arquero dormido descansar en paz.

Acabada la historieta, vuelvo al aposento de mi hijo. Han pasado algunos minutos y la pirámide de trapos, libros y juguetes ha crecido hasta alcanzar una altura considerable. La enana cananea sostiene en su mano diminuta y contrahecha un bidón lleno de kerosén. Lo han previsto todo las muy malditas. Pertenecen a esa raza mezquina de los que no dan puntada sin dedal. La vieja arpía, sentada en el taburete, vigila mis movimientos como un celoso mayoral. Ya casi todo está listo, sólo me falta vaciar el armario donde mi hijo guardaba sus implementos de jugar béisbol. Hago un inventario mental de aquellas reliquias atesoradas durante años, destinadas a la hoguera como si estuvieran impregnadas de alguna herejía condenada por la nueva ley. Y a pesar de mi desolación, una chispa de esperanza brilla en mi mente. Qué hubiera sucedido, me pregunto, si el arquero del cuento de Yolanda Capriles no se queda dormido en el instante crucial. Es posible que a mí esas locas vengativas me degüellen con una oxidada hojilla de afeitar, pero les juro que estaré bien despierto. Lúcido y con los ojos muy abiertos como si me hubieran inyectado cien gramos de cafeína. Debo permanecer alerta, con el arco tenso, atento a cualquier ruido, husmeando en el aire la más mínima alteración en la dirección del viento. Listo para atravesar con una flecha envenenada el corazón de mi rival. Listo para encordar de nuevo el arco y disparar una y

otra vez. En esta renovada versión del cuento de Yolanda Capriles, no me puedo permitir ninguna distracción.

¿Nos acercamos al fin? Eso espero. Comienzo a vaciar el último armario, y lo hago sin prisa, pero sin pausa. En cámara lenta. Guantes, pelotas, tacos, caretas, mascotas, medias, gorras, petos, rodilleras, afiches, álbumes de barajitas y una variedad de uniformes a rayas, descoloridos. Que los voy colocando uno a uno en el tope de la pirámide. La vieja se ríe de mi dedicación y hace un comentario burlesco que, aunque no me causa gracia, no me atrevo a refutar. Si no me apura, mejor. La enana gruñe, parece que a ella sí le molesta mi lentitud. Pero, donde manda capitán...

Ya sólo me falta el bate. ¡El bate caliente de Vitico Davalillo! De espaldas a mis enemigas lo oculto con mi cuerpo y me agacho para recogerlo. Lo sopeso y lo aprieto con decisión. ¡Bendito mazo de Trucutú! Ya nunca te soltaré. Me volteo y de dos zancadas me planto delante de la enana y le asesto un batazo en el cráneo. ¡Crash! ¡Jonrón! La culebra se mata por la cabeza. El ruido de huesos rotos es blando y fofo, similar a un chasquido, tal vez recuerde el sonido que haría un zapallo al caer desde una torre. Pero no me detengo a averiguar las calidades sonoras del cráneo de una enana, debo continuar mi tarea. Doy una voltereta parecida a las figuras que dibujan en el aire los acróbatas de la Ópera de Pekín, salto por encima del montón de cachivaches de mi hijo, ruedo por el suelo, y sin levantarme golpeo con todas mis fuerzas las espinillas de la vieja malvada —que paralizada por la sorpresa no había atinado a bajarse del taburete y permanecía con las piernas colgando en el vacío. Fractura doble de la tibia y el peroné. Me incorporo de un envión y le caigo a mazazos en los hombros, brazos y rodillas. La alcanzo de lleno en su mandíbula de cristal. Aterriza de bruces, y cuando se dobla y retuerce del dolor le asiento un porrazo en la nuca: el golpe de gracia. Suficiente, señora. Me ocupo ahora de la enana, que

todavía resiste. Ya les dije que era un hueso duro de roer. Se arrastra como una víbora, maldice entre dientes, chilla y patalea. De su hocico de perra rabiosa brotan espumarajos de sangre y saliva. Seguro que la pobre sufre de una jaqueca horrible. Acudo presto a consolarla, quiero decir a rematarla. La castigo de nuevo en el cráneo, se lo machaco con el bate hasta ver que los sesos se derraman en el piso.

Ahora sí: se acabó la fiesta.

¡Qué jornada, amigo mío! Sorpresas que te da la vida. Estoy exhausto y maltratado. La cabeza me zumba como si en su interior se atropellara un enjambre de zánganos. Por suerte en el morral guardo un frasco de aspirinas y una ristra de lexotanil. Me muero de sed y tengo unas ganas inmensas de darme un baño. El agua fría me libra de todos los males. ¡Cómo añoro la bañera de Marat! Y por añadidura, se ha despertado el fumador que como un maldito Alien hibernaba en mi interior. Hace más de cinco años que dejé de fumar, pero hoy necesito con urgencia fumarme un paquete o dos. Me acicalaré un poco e iré caminando hasta la bodega de Nicolás. Compraré cigarrillos, gaseosas, un litro de ron y algo de comer. El paseíto de dos kilómetros me servirá para despejarme un poco. El aire está fresco, ya comienza a anochecer. Me llevaré una linterna y al regreso me zambulliré en el pozo de los alisos. Dicen que cuando te sucede algo pavoso debes bañarte en siete ríos. A partir de mañana me faltarán seis. Esta noche voy a dormir en el Toyota, pero no sé si lograré conciliar el sueño. De todas maneras, no importa. Amanecerá y veremos. Necesito pensar con la cabeza fresca. Mañana tengo que deshacerme de esos fiambres. Creo que ya apestan.

Mérida, mi herida, 12 de marzo de 2001.

Ednodio Quintero

Las Mesitas, Venezuela, 1947.

Ednodio Quintero, actualmente, es uno de los más importantes narradores de Venezuela y de Hispanoamérica. El sello editorial Atalanta, de España, editó su obra cuentística bajo el título de *Cuentos salvajes* (2019). Sus libros de relatos y novelas aparecen en la editorial Candaya, de Barcelona. Sus más recientes novelas publicadas son *El hijo de Gengis Khan* (2013) y *El amor es más frío que la muerte* (2017). Quintero ha sido galardonado con algunos de los más importantes premios literarios de su país: Primer Premio de Cuentos de El Nacional, Caracas, 1975; el Premio de Narrativa del Consejo Nacional de la Cultura por *La danza del jaguar*, en 1992; el Premio «Miguel Otero Silva» de la Editorial Planeta por su novela *El rey de las ratas*, en 1994; y el Premio «Francisco Herrera Luque» de la Editorial Grijalbo-Mondadori en 1999, por *El corazón ajeno*.

